

TOCA ESA RUMBA, DON CALDERÓN

La Academia Chilena, no sólo una fiesta. Entró en ella, para quedarse, Alfonso Calderón. Ex interior izquierdo del equipo del Liceo de Los Angeles en los años 40, cuando Miguel Arteche oficiaba de arquero del mismo elenco, Calderón, después de ser mere observador y pasador de pelota, se convirtió en el empujador de la delantera.

No me extraña que dos ex futbolistas brillantes del Liceo de Los Angeles acabaran por darse la mano, en una noche memorable, ante la mirada beatífica, bienhechora, del Dr. Oroz, gran filólogo, latinista y director honorario de la corporación chilena del idioma español.

Espectadores de todo jaez abarrotaban las instalaciones del Instituto de Chile. Barruntaban al parecer, que la justa alcanzaría ribetes de comedia humana (en el mejor sentido de la palabra). En efecto, dejando de lado gotillas, pergaminos y puños de entaje, en otros términos, apartándose de antiguas normas neolatinas (no neofalinas) de la Academia, los dos colosos de Los Angeles dieron origen a un contrapunto de la más vigorosa eutrapelia lingüística.

Alfonso Calderón abrió sus acciones con la lectura de un discurso de extensión magistral, pero de muy pocos centímetros, apoyado, como es ya su costumbre, en un juego de palabras vertiginoso, que bien se quisiera para un día Domingo Marín Vargas. Toda la cultura del mundo pasó en dos rápidas ante los auditores, en el espacio de una hora (o menos, quizás?), bajo el pretexto de análisis y de apología de la obra "Pacha Pulai", de Hugo Silva. Por lo común, los elogios de esta índole resultan latas soberbias. Manejando con destreza de mago las claves de la antilata, amenizador, no amenizador, Calderón se florecó por la cancha del Instituto de Chile, con "la Ciudad de los Césares" a cuestas. Al final, esta pregunta:

"¿Cuántos lloros hubo de tragarse este hombre para transformarse en notas calderonianas?"

Después de la intervención del "recipendario" (Calderón), el discurso de recibimiento a cargo de Miguel Arteche. El ex arquero del Liceo de Los Angeles se sacó los zapatos. Perdon, se los quitó sólo metafóricamente, por cuando un jugador sin zapatos es ahora un peregrino descalzo caminando sobre tachuelas. Desaprensivo y brujalesco del idioma, de acuerdo con la fórmula de libre albedrío, de plena juventud y de santa exolatria, que impera en la Academia, Arteche dio rienda suelta a uno de los géneros que le saben más cómodos: el comentario drolístico / eucarístico.

Instado por las doncellas de castillo de la novela "Toca esa rumba, don Aspiázu", pieza maestra de Calderón, Arteche asomó a la arena concurrente con un "sinxung", la rico (recordación de los lugares sagrados de la minez) en que, inevitablemente, había de salir a la luz la silueta tutelar de Los Angeles en los años 40: la del cura Gerardo Arteche, español por los cuatro costados, borojiano de lengua y samaritano de corazón. Tío materno de Miguel Arteche, el cura Arteche, cuyas hazañas obran en los anales de Los Angeles, contó entre sus más esclarecidos monaguillos a Alfonso Calderón, el recipendario académico de esta semana.

Los pascos arqueológicos de Arteche, llenos de apostillas corrientes, al filo a cada rato de las frías nos más terrenas de Juan Ruiz, el de Hita, suscitaban en la Academia la sensación de estar asistiendo a un "happening". Enrique Carrón Menéndez, Martín Panero, José Donoso, Martín Cerda, Francisco Colomane, Enrique Aracena (fotógrafo) se contentaban para no irrumper en el espectáculo a clavar también una pi-

(Pasa a la última pág.)

Los Angeles
"La Tribuna", jueves 28

V-1981 p. 3, 12.

666163

Toca esa rumba, Don Calderón [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Toca esa rumba, Don Calderón [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile